

LA TEOLOSIS EN LA INTEGRALIDAD Y CONTEXTUALIDAD
DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA:
CONVERGENCIA ENTRE LA DIVERSIDAD DE SUS CONTEXTOS PARTICULARES
Y LA UNIVERSALIDAD DE SU ESTRUCTURA FUNDAMENTAL

Elvin Heredia, Pastor, Eastern District, Puerto Rico, Professor, Seminario Nazareno de las Américas

Introducción

La misión de la iglesia se entiende como su participación diligente en la *missio Dei*, o la misión de Dios para el mundo. Esta se concibe como una tarea integral que abarca al ser humano en todas sus dimensiones, atendiendo a cada cultura en su contexto particular. Desde esa perspectiva, la misión de la iglesia no puede ser comprendida adecuadamente sin reconocer su doble naturaleza. Ella es universal e integral en su propósito, pero también contextual y dinámica en su aplicación. La misión de la iglesia parece estar definida por una dicotomía entre lo uniforme de su estructura integral y lo particular de cada uno de los contextos que impacta. La iglesia, siendo una sola en esencia, misión y propósito, vive esa misión en una diversidad de realidades, culturas, necesidades, y lenguajes.

Es necesario, entonces, proveer un marco inicial que encauce el debate y la reflexión futuros, resaltando los fundamentos principales de la misión de la iglesia. Para ello, será preciso revisar los elementos bíblicos, teológicos, históricos, y pastorales que configuran una misión sólida y pertinente. En esa búsqueda surgirán preguntas que, a su vez, servirán de guía para el desarrollo de ese marco inicial. Las categorizaremos en bloques conceptuales para una mejor identificación y atención:

1. Identidad y propósito de la iglesia—¿Quiénes somos como iglesia y a qué estamos llamados a ser, saber y hacer? ¿Cuál es nuestra misión esencial en un mundo cambiante y por qué hacemos lo que hacemos? ¿Qué fundamentos bíblicos, teológicos, históricos, y pastorales definen esta misión y le dan sentido?
2. Motivación, estrategia y recursos—¿Cuál es la motivación que impulsa nuestra tarea misionera y con qué recursos, métodos o estrategias la llevamos a cabo? ¿Cómo se relacionan la adoración, el discipulado, el evangelismo y la compasión dentro de una misión integral de la iglesia?
3. Marcos bíblicos para la misión—¿Cómo se articula una teología bíblica de la misión desde el Antiguo Testamento, particularmente en la misión de Israel, y cómo ella completa o ilumina la misión de la iglesia hoy? ¿Cómo presenta el Nuevo Testamento la misión del Reino de Dios y de qué manera participamos actualmente en ese Reino?
4. Iglesia local, ecclesiología, y participación—¿Cuál es el papel teológico y práctico de la iglesia local y sus líderes en la misión global de la iglesia? ¿Cómo se relacionan la *missio Dei* (misión de Dios) y la *missio ecclesiae*, (misión de la iglesia), y qué impacto tiene nuestra ecclesiología en la práctica misionera?
5. Desafíos contemporáneos y contexto global – ¿Qué tendencias recientes o estrategias emergentes en las misiones globales están influyendo en la práctica actual, incluida la reflexión

surgida en espacios como la Conferencia de Lausana? ¿Qué dinámicas culturales (posmodernismo, pluralismo, relativismo moral, globalización, nuevos medios de comunicación y tecnologías como la inteligencia artificial) están afectando la misión de la iglesia hoy?

Démosles trasfondo y contexto a estas preguntas, y las contestaciones surgirán de este ejercicio.

Trasfondo y Contexto

La misión como Extensión del Carácter de Dios

Toda misión cristiana auténtica tiene su raíz en la naturaleza misma de Dios. La Biblia no presenta la misión como una actividad humana para “llevar a Dios” a las naciones, sino como la iniciativa de un Dios que ya está obrando en el mundo, y que llama a su pueblo a participar de su obra redentora. Desde el Antiguo Testamento, se percibe que el propósito de Dios ha sido siempre universal: bendecir a todas las familias de la tierra por medio de un pueblo escogido. Génesis 12:3 lo define de la siguiente forma: “Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.” Israel no fue elegido por privilegio, sino por propósito. Su identidad debía reflejar el carácter de Dios, manifestado en justicia, misericordia y fidelidad. Tal es la declaración del profeta Miqueas: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8).

Sin embargo, Israel falló repetidamente en comprender que su llamado era misionero. La elección se interpretó como exclusión y la santidad como separación hostil. Los profetas, especialmente Isaías, recordaron que la misión de Israel era ser, como dice Isaías 49:6, “luz a las naciones.” Esa luz no era una ideología nacionalista, sino la manifestación de un Dios santo que desea restaurar la comunión con toda la creación. En esta línea, la misión de la iglesia (como el nuevo Israel) no comienza en Mateo 28, sino en el corazón mismo de Dios desde Génesis.

Ya en el Nuevo Testamento, esta visión se amplía en Cristo. Jesús es la encarnación de la *missio Dei*: “Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros” (Juan 20:21). Aquí la iglesia hereda no solo un mandato, sino una naturaleza. La comunidad de los discípulos no existe sino en la medida en que participa del envío del Hijo y del Espíritu. El Reino de Dios, como tema central de la predicación de Jesús, no es un territorio, sino la restauración de las relaciones humanas y divinas bajo el señorío de Cristo. Así, la misión de la iglesia consiste en manifestar ese Reino en toda dimensión de la vida.

La Missio Dei como Marco Trinitario

La *missio Dei* no es una estrategia eclesial, sino una expresión de la Trinidad en acción. Dios Padre envía al Hijo, el Hijo envía al Espíritu, y el Espíritu envía a la iglesia. En ese sentido, la misión no se “tiene”; se es misión. Karl Barth afirmó que “*la iglesia no tiene una misión, sino que la misión tiene una iglesia*”.¹ Esta inversión de perspectiva subraya que toda acción misionera auténtica es participación en la vida divina. El propósito no es el crecimiento institucional, sino la comunión trinitaria hecha visible en el mundo.

¹ Paráfrasis de una idea de Karl Barth: véase Karl Barth, “*Die Theologie und die Mission in der Gegenwart*” (Brandenburg Missionary Conference, 11 Abril 1932).

En la teología wesleyana, este dinamismo trinitario se expresa en la santidad de corazón y de vida, donde la gracia preveniente, justificante, y santificadora cooperan para transformar a la persona entera y, a través de ella, la sociedad. La misión no es solo evangelizar, sino sanar, educar, liberar, reconciliar, y transformar, porque en la economía de la gracia todo el ser humano, en todas sus expresiones integrales, está llamado a reflejar la imagen de Cristo.

La Iglesia del Nazareno, nacida del movimiento de santidad, ha comprendido históricamente que la santidad no puede divorciarse del servicio al prójimo. La santificación personal lleva necesariamente a la acción social y evangelizadora. Por tanto, la *missio Dei* se concreta en la *missio ecclesiae* cuando la iglesia encarna el amor trinitario en contextos específicos, articulando una espiritualidad comprometida con la justicia, la compasión, y el testimonio.

La Misión como Respuesta a los Tiempos

Históricamente, la iglesia ha reinterpretado su misión a la luz de los desafíos culturales. En los primeros siglos, los cristianos entendieron su envío como martirio, lo que fue su testimonio fiel ante el Imperio. En la Reforma, se vio la proclamación de la gracia frente al legalismo religioso. En los siglos XIX y XX, como expansión misionera global. Hoy, en el siglo XXI, la iglesia enfrenta un nuevo escenario, el cual está enmarcado en la globalización digital, el pluralismo religioso, el relativismo moral, y el creciente desencanto espiritual.

La Conferencia de Lausana de 1974 y su reciente reunión en Corea del Sur de 2024 reafirmaron que la misión debe ser integral. Esto establece que la evangelización y la acción social no son polos opuestos, sino dos dimensiones inseparables del mismo evangelio. John Stott expresó que “Nuestro prójimo no es un alma incorpórea...ni tampoco un cuerpo sin alma...es un cuerpo con alma, integrado en una comunidad.... Tenemos que ocuparnos de su bienestar total—el bien de su alma, de su cuerpo y de su vida comunitaria.”²

En la Iglesia del Nazareno, este enfoque se ha reflejado en sus ministerios educativos, médicos y comunitarios. Desde hospitales en África hasta universidades en América Latina, la iglesia ha buscado testificar de que la santidad tiene rostro humano. Pero cada contexto requiere una aplicación distinta. Lo que la santidad significa en una comunidad rural africana no es igual a lo que significa en una metrópoli latinoamericana. Aquí la contextualidad no es relativismo, sino encarnación. Es la universalidad del evangelio expresada en la diversidad de culturas.

La Misión como Acompañamiento Integral

En la práctica pastoral, la misión se hace concreta en el acompañamiento. No basta predicar; hay que caminar con las personas en sus procesos. Por ejemplo, un ministerio que evangeliza sin educar deja mentes vacías; uno que enseña sin cuidar el cuerpo ignora la encarnación; uno que atiende necesidades sociales sin promover la reconciliación espiritual se queda en filantropía. Pero una misión teológicamente integral basada en el modelo de Cristo forma discípulos que piensan, sienten, creen y actúan desde el evangelio.

Desde la psicología del desarrollo, autores como Erikson y Maslow mostraron que las personas buscan sentido, pertenencia y propósito. La misión cristiana responde a esas necesidades profundas, pero las reorienta hacia su fuente divina. Donde la psicología describe el

² John R. W. Stott, *La Misión Cristiana Hoy (Christian Mission in the Modern World)* (InterVarsity Press, 1975).

proceso, la teología revela su destino: ser conformados a la imagen del Hijo. Por eso, la tarea pastoral es también terapéutica, educativa, y espiritual. Implica discernir las heridas del alma y acompañar su sanidad. Implica enseñar la Palabra en formas comprensibles al contexto cultural. Implica, en suma, hacer visible el Reino en la totalidad de la vida humana.

Por todo lo expresado, el desafío de la Iglesia del Nazareno no consiste solo en “hacer” misión, sino en ser una comunidad transformada que expresa, en cada contexto, la integralidad del Evangelio en acción. La *missio Dei* se encarna donde la fe se contextualiza. Ahora bien, ¿en qué consiste esa misión, y qué necesitamos hacer para realizarla? Muchas han sido las estrategias y conceptos que se han desarrollado para identificar, definir, y explicar los trabajos que son necesarios para cumplir ese objetivo.

Mucho se habla de iglerecricimiento o eclesiología como instrumentos de estudio y desarrollo en la función que desempeña la iglesia en su práctica teológica y dogmática dentro de un contexto sociocultural específico. Precisamente, y puesto que estamos hablando de definir, estudiar y desarrollar estructuras como herramientas de trabajo para el cumplimiento de la *missio Dei*, me permito plantear un modelo funcional para la realización de la misión dentro del cual se defina cada uno de los elementos característicos que la componen, para luego, con esa definición estructural, atender las necesidades particulares del contexto. Definiremos las partes de un molde o plano operacional, en el que manejaremos intencionalmente las particularidades inmediatas o evidentes del “campo de operaciones” de la misión.

Quisiera, entonces, presentar a la consideración del lector un modelo de estructura integral que considere los aspectos fundamentales de la vida, mediante el cual se identifiquen las necesidades de los individuos en un entorno particular, se establezcan prioridades estratégicas en el manejo y la atención de estas, y, a la vez, se cumpla con la misión evangelística de la Gran Comisión.

Afortunadamente, ya existe una teoría del desarrollo humano que contempla todos esos aspectos integrales de la vida y facilita la integralidad de nuestra misión y la diversidad de los entornos donde la desarrollamos.

Me permito integrar la Teolosis como esa estructura teológica, psicológica y científica que define los elementos de integralidad de la misión de la iglesia. La Teolosis es una teoría del desarrollo humano basada en Lucas 2:52: “Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.” Teolosis nos ofrece una estructura holística que considera 4 aspectos fundamentales de la vida humana. La relación del texto bíblico con estos aspectos de la Teolosis se define así:

- Sabiduría—Aspecto intelectual o del conocimiento
- Estatura—Aspecto físico, fisiológico o de la salud
- Gracia para con Dios—Aspecto espiritual
- Gracia para con los hombres—Aspecto social o relacional.³

³ Elvin Heredia, *La Teolosis como Teoría del Desarrollo Humano* (2da. Edición) (Amazon Kindle Direct Publishing, Columbia, SC, USA, 2024), 22.

Con esta estructura como marco general para la definición y desarrollo de la misión, contestemos las siguientes preguntas críticas y fundamentales:

¿Cuál es nuestra misión? ¿Qué necesitamos hacer?

La misión de la Iglesia del Nazareno se enmarca en el mandato de Cristo. Mateo 28:19-20 nos dice: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.” Ahora bien, con la óptica de Teolosis podemos identificar en el pasaje de Mateo esos 4 aspectos integrales de la vida:

- Aspecto social o relacional—*“Id, y haced discípulos a todas las naciones.”*
- Aspecto físico—*“Bautizándolos”*—El ejercicio público del sacramento de la iglesia.
- Aspecto intelectual o del conocimiento—*“Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.”*
- Aspecto espiritual—*“He aquí yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”*

Curiosamente, estos aspectos integrales eran los mismos en los que la iglesia Primitiva crecía. Del libro *La Teolosis como teoría del desarrollo humano*, citamos lo siguiente:

Hechos 2:42: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. Este pasaje es, quizás, el pasaje sistémico más expositivo del concepto, después de Lucas 2:52. Por supuesto, si Jesús definió los 4 aspectos sistémicos de la vida, su iglesia exhibiría igualmente estos aspectos en su formación:

- Aspecto intelectual—*La doctrina de los Apóstoles*. El conocimiento de la fe y las enseñanzas de Jesús.
- Aspecto social—*La comunión unos con otros*. En consecuencia, Hechos 2:43-47 atestigua que en el pueblo se realizaban muchas señales, había unidad entre los creyentes, tenían en común todas las cosas, y contaban con el favor de todo el pueblo.
- Aspecto físico—*El partimiento del pan*—Compartían todas cosas y comían juntos. Atendían sus necesidades comunes.
- Aspecto espiritual—*Las oraciones*—Perseveraban unánimes cada día en el templo. Maravillas y milagros eran realizadas por los Apóstoles. Un avivamiento espiritual de impacto en la sociedad.⁴

La misión es integral y holística cuando enseña la verdad del Evangelio de manera comprensible y aplicable, fomentando el pensamiento crítico y el discernimiento moral; cuando promueve una vida saludable, equilibrada, donde la corporalidad sea entendida como instrumento de servicio y no como fin en sí misma; cuando cultiva la comunión con Dios mediante la oración, la adoración y la obediencia; y cuando practica la justicia, la misericordia y la reconciliación en la vida comunitaria. En ese sentido, hacer discípulos implica mucho más que

⁴ Heredia, *La Teolosis como Teoría del Desarrollo Humano*, 22.

comunicar información religiosa. Requiere formar personas que se desarrollen integralmente en todas las dimensiones de la Teolosis. Por tanto, la misión de la iglesia es formar discípulos teológicamente conscientes, emocionalmente maduros, físicamente responsables y socialmente solidarios. La evangelización y la santificación, pilares wesleyanos, se encuentran aquí en un mismo proceso de transformación integral.

¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Cuál es nuestra motivación?

La motivación de la iglesia no surge del deber institucional, sino del amor de Dios que nos impulsa. El Apóstol Pablo nos dice en 2 Corintios 5:14: “Porque el amor de Cristo nos constriñe.” La teosis enseña que el desarrollo humano integral tiene su origen en la gracia divina, que mueve a los seres humanos hacia su plenitud. Desde la psicología del comportamiento, la motivación genuina proviene del sentido de propósito. En la iglesia, este propósito se define teológicamente: participar en la redención del mundo.

La misión no se realiza para preservar una institución, sino para manifestar la vida del Reino. La Iglesia del Nazareno, como cuerpo de creyentes santificados, responde al amor de Dios reflejándolo en obras concretas de compasión, enseñanza y restauración. Esta identificación con la misión del Padre es el motor interior de la iglesia. El amor se convierte en el principio de acción, la santidad en su expresión, y la Theolosis en su estructura de crecimiento.

¿A qué estamos llamados a ser, saber y hacer? ¿Cuál es nuestra identidad?

La identidad misional de la Iglesia del Nazareno está determinada por su llamado a ser santa, enseñar con sabiduría y servir con compasión. Es ese querer, ser, saber y hacer del que habla Filipenses 2:13. Dios produce en nosotros nos indica que la santidad no es solo un estado espiritual, sino una manera integral de existir, donde el carácter de Cristo se forma en nosotros, donde la formación teológica y educativa es indispensable para interpretar correctamente los contextos y responder a sus necesidades desde una fe informada, y donde la acción pastoral, evangelizadora y social es la consecuencia natural de un corazón transformado. En términos de la Teolosis, esta identidad se refleja en la madurez de las cuatro dimensiones humanas, que en conjunto es lo que sugiere Pablo en Efesios 4:13 como “la plenitud de Cristo,” es decir, la unidad de la fe (aspecto social), el conocimiento del Hijo de Dios (aspecto intelectual), y la medida de su estatura espiritual plena en el contexto de su cuerpo como “varón perfecto.” La iglesia no solo enseña la Palabra, sino que la encarna en comunidad. No solo anuncia el Reino, sino que lo representa visiblemente en cada contexto.

¿Qué recursos utilizamos para llevar a cabo esta misión? ¿Cuál es nuestra estrategia?

Toda estrategia misional debe integrar recursos espirituales, intelectuales, humanos, y contextuales. Cuenta con la oración, la guía del Espíritu Santo, la comunión sacramental y la Palabra de Dios como fuente de sabiduría. También con el liderazgo colaborativo, la formación ministerial y la participación de los laicos como agentes activos de transformación, y se involucra en cuerpo y alma en la cultura, las necesidades sociales y los medios contemporáneos (tecnología, educación, arte) que sirven como vehículos para el evangelio.

Desde la Teolosis, estos recursos deben interactuar equilibradamente: el intelecto organiza la acción, la espiritualidad orienta el propósito, el cuerpo ejecuta el servicio, y las relaciones multiplican el impacto. Así, la estrategia de la iglesia del Nazareno debe ser una praxis contextualizada, capaz de mantener la universalidad del evangelio sin perder su sensibilidad hacia el entorno.

Aplicación de la Teolosis

La *missio Dei* se manifiesta en la convergencia entre lo universal y lo particular. La Iglesia del Nazareno, llamada a vivir y anunciar el Evangelio de santidad, debe hacerlo desde una comprensión teológica integral que reconozca al ser humano en su totalidad y a su contexto en su especificidad. La Teolosis, entonces, ofrece un marco sólido para este equilibrio, recordando que Dios obra en el ser humano de manera integral y contextual. La Teolosis ofrece un puente entre la teología trinitaria y la praxis humana. El desarrollo integral de Cristo según Lucas 2:52 se convierte en el paradigma de la misión integral de la iglesia.

Desde lo cognitivo, la Theolosis enseña a la iglesia a formar mentes renovadas, tal y como exhorta el Apóstol Pablo en Romanos 12:2: “transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.” La evangelización no puede limitarse a la conversión emocional. Debe incluir la educación transformadora que enseñe a pensar teológicamente, a discernir culturalmente y a decidir éticamente. Una iglesia que evangeliza pero no educa genera seguidores sin criterio. Por otro lado, una iglesia que enseña sin misión produce teólogos sin compasión.

Este ámbito se relaciona con el desarrollo cognitivo, moral, y psicológico descrito por Jean Piaget y Lawrence Kohlberg, cuando aseguran que el ser humano alcanza la madurez cuando puede razonar éticamente desde principios universales.⁵

En la Theolosis, la sabiduría cristiana es más que moralidad. Es discernimiento espiritual encarnado. La misión de la Iglesia del Nazareno, entonces, debe integrar la educación teológica, la reflexión ética y la alfabetización espiritual en cada contexto donde sirve.

Desde el aspecto físico del plan integral de Teolosis se revela una verdad teológica frecuentemente olvidada: La encarnación dignifica el cuerpo. En Cristo, Dios no solo redime el alma, sino que asume la condición humana en toda su materialidad. Por tanto, la misión de la iglesia también incluye la sanidad integral del ser humano. Jesús no predicó sin sanar, ni sanó sin predicar. Su evangelio era palabra y toque, mensaje y milagro, alma y cuerpo. En la Theolosis, la estatura simboliza esa armonía entre la salud física y la estabilidad emocional que acompañan la madurez espiritual.

Desde la psicología pastoral, autores como Howard Clinebell subrayan que la misión pastoral incluye el cuidado de sí mismo y del otro, porque un cuerpo y una mente saludables son instrumentos eficaces del Espíritu. Clinebell habla de integrar “terapias corporales”, que incluyen la relajación profunda, el alineamiento corporal, la danza, el ejercicio y el movimiento, como prácticas físicas y enfoques de crecimiento que enfatizan el trabajo directo con el cuerpo para aumentar su vitalidad y vivacidad.⁶ En un mundo marcado por el estrés, la ansiedad, y las enfermedades psicosomáticas, la iglesia debe redescubrir la dimensión terapéutica del evangelio. La *missio Dei* no se cumple en comunidades exhaustas físicamente, o emocionalmente fragmentadas, sino en aquellas donde la “estatura” refleja la plenitud de Cristo resucitado.

⁵ Jean Piaget, *The Moral Judgment of the Child* (New York: Free Press, 1965), Ch.2, 4, 5; Lawrence Kohlberg, *Essays on Moral Development. Volume I: The Philosophy of Moral Development* (San Francisco: Harper & Row, 1981), Ch.2, 4.

⁶ Howard, Clinebell, *Asesoramiento y cuidado pastoral: un modelo centrado en la salud integral y el crecimiento* (Libros Desafío / Eerdmans, 1996), 377.

El tercer eje del desarrollo de Cristo, la “gracia para con Dios,” nos conduce al núcleo de la vida espiritual. Jesús, aunque Hijo, cultivó una relación constante con el Padre. Su misión brotó de la comunión, no del activismo. Este principio es crucial para la misión de la iglesia. No es posible participar en la obra de Dios sin permanecer en la presencia de Dios.

En la Teolosis, esta dimensión corresponde al desarrollo de la vida espiritual y teológica del creyente. Es la madurez que integra la fe, la oración, el discernimiento y la obediencia. Sin esta conexión vital, la misión se convierte en un proyecto humano. De hecho, muchos fracasos misioneros en la historia se deben a que se intentó “hacer la obra de Dios sin el Dios de la obra”.

El apóstol Juan expresa esta relación con claridad: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Juan 15:5). La *missio Dei* no se sostiene por la planificación, sino por la permanencia. La Iglesia del Nazareno, heredera del énfasis wesleyano en la santidad, entiende la gracia como proceso: preveniente, justificante y santificadora. Cada una de estas etapas es también misionera, porque toda gracia que transforma al individuo busca extenderse hacia otros. En términos pastorales, esto implica que la misión de la iglesia debe nutrirse continuamente de la adoración y la espiritualidad. No hay discipulado sin contemplación, ni servicio sin oración. Por eso, la misión integral es también una misión contemplativa: el obrar fluye del ser. La santidad no es solo ética, sino relación viva con Dios que se traduce en acción santa.

Finalmente, el crecimiento de Jesús incluye la “gracia para con los hombres.” Este ámbito encierra la dimensión relacional y social del evangelio. La gracia que restaura la comunión con Dios se expresa necesariamente en la reconciliación con el prójimo. La misión de la iglesia es, entonces, una misión de puentes, contactos, relaciones, y cercanía. El apóstol Pablo describe este aspecto con las palabras: “Nos dio el ministerio de la reconciliación” (2 Corintios 5:18). El evangelio no solo reconcilia al hombre con Dios, sino a los hombres entre sí. Aquí la Teolosis se vuelve praxis comunitaria cuando desarrolla relaciones sanas, empáticas, y justas. Desde la psicología social, sabemos que el ser humano florece en comunidad. Desde la teología, comprendemos que el amor es el lenguaje de esa comunidad redimida.

La Iglesia del Nazareno ha mostrado esta dimensión a través de ministerios de compasión, programas de justicia social, ayuda humanitaria y proyectos de restauración familiar. Pero más allá de la filantropía, la misión busca que cada relación humana refleje la reconciliación del Reino en el matrimonio, en el trabajo, en la sociedad y entre las culturas.

En el contexto global actual, fragmentado por ideologías, polarización, y desigualdad, la iglesia es llamada a ser un espacio de comunión alternativa. Su testimonio no radica solo en su doctrina, sino en su capacidad de amar. Por eso, la misión integral es siempre relacional, y se hace medible y tangible, no por los templos contruidos, sino por las vidas reconciliadas.

Conclusión

La Iglesia del Nazareno, en su participación en la *missio Dei*, está llamada a reproducir en su vida comunitaria el mismo patrón formativo de Cristo. Cada congregación, cada ministerio y cada expresión misionera se convierten en una extensión de lo que llamaremos “El Proceso Teológico”: La iglesia creciendo en sabiduría, estatura y gracia, en medio de los contextos donde Dios la envía.

La misión de la iglesia no es solo predicar, sino también acompañar el desarrollo del hombre y la mujer hacia su plenitud en Cristo, en cada cultura y en cada generación. La Teolosis nos recuerda que el crecimiento espiritual no ocurre de manera aislada, sino en relación. El

desarrollo en sabiduría (dimensión cognitiva), estatura (dimensión física y emocional), gracia con Dios (dimensión espiritual), y gracia con los hombres (dimensión relacional) se entrelaza en la tarea pastoral. Solo así la iglesia podrá cumplir fielmente la *missio Dei*, siendo un testimonio visible de que el Reino de Dios ya está entre nosotros y sigue expandiéndose a través de vidas transformadas integralmente.

Los cuatro ejes del desarrollo de Jesús convergen en una sola palabra: *plenitud*. La misión de la iglesia no es parcial ni sectorial, sino total. Evangelizar sin educar, servir sin sanar, predicar sin reconciliar, o discipular sin cuidar, es fragmentar el evangelio. La Teolosis invita a comprender que la misión auténtica reproduce el crecimiento de Cristo en las comunidades cristianas.

Así como Jesús creció equilibradamente, la Iglesia del Nazareno debe crecer de manera integral:

- En sabiduría, formando mentes que piensen como Cristo.
- En estatura, cuidando cuerpos y emociones que sirvan con fortaleza.
- En gracia con Dios, cultivando una espiritualidad profunda.
- En gracia con los hombres, construyendo relaciones redentoras.

Una iglesia así puede reflejar fielmente la *Missio Dei* en un mundo que anhela sentido, salud, fe y comunidad. En palabras de Pablo: “Hasta que todos lleguemos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). ¡Así nos ayude Dios!